

Aus der Enge in die Ferne. Nuevas traducciones de literatura suiza al castellano.

Precisamente después de un año en el que Suiza, la democracia más antigua de Europa, ha sido el centro de atención de la prensa y la cultura internacionales no sólo por haber celebrado el 150º aniversario de su constitución como la actual Confederación Helvética que hoy en día es, motivo por el cual se le ha dedicado en 1998 la Feria del Libro de Frankfurt, sino también por haberse puesto definitivamente al descubierto su controvertida actuación durante los años de la guerra, una actuación que ya había sido discutida en repetidas ocasiones por los intelectuales suizos, se ha producido en España un fenómeno desconocido hasta ahora en el ámbito editorial de habla hispana. Si hasta el año pasado sólo se conocían en nuestro país los nombres de Max Frisch, Friedrich Dürrenmatt y, en traducciones algo más recientes, Robert Walser, podemos celebrar hoy, gracias al acierto de diversas editoriales, un aumento considerable de traducciones de autores suizos a nuestra lengua. Hacía ya tiempo que esto era de esperar, pues el panorama literario de la Suiza de habla alemana cuenta en la actualidad con un número considerable de escritores pertenecientes a tres generaciones diferentes, que desde hace ya bastantes años han venido marcando pautas en el quehacer literario germano, algo prácticamente desconocido para el público lector español que, por lo general, tiende a asociar con una facilidad inexplicable la producción literaria de la Suiza alemana con la de Alemania. La respuesta a la cuestión de por qué se traducen unas obras y no otras que quizá merecerían una mayor atención está, como siempre, en manos de los editores y rara vez puede encontrarse una explicación lógica para ello. Lo cierto, y con ello hemos de conformarnos, es que, y aunque sería de esperar que el interés por la literatura suiza fuera en aumento, el espectro de textos traducidos resulta curioso por la mezcla de autores y textos seleccionados: lentamente, como su propia obra, y en un momento en que ya le creíamos perdido para siempre, sigue resurgiendo del olvido Robert Walser, uno de los escritores suizos más controvertidos y que con mayor agudeza crítica ha sabido reflejar la realidad de su país, y se traducen dos de sus obras más significativas en dos editoriales diferentes (¿cómo no!), *La rosa*, editada

por Siruela, y *Los cuadernos de Fritz Kocher*, por Pre-Textos, que vienen a unirse a su novela más conocida, *Jakob von Gunten*. Por otro lado, el año nos ha sorprendido también muy gratamente con la publicación de *El té de las tres viejas*, la primera novela de Friedrich Glauser, el maestro de la novela policíaca, de cuyas fuentes bebería después Dürrenmatt para componer su famosa trilogía (de la que se han traducido al castellano *La sospecha* y *El juez y su verdugo*) y asentaría con ella los presupuestos de un género de características psicológicas que se ha desarrollado en las letras suizas como en ningún otro rincón de habla alemana. De la generación más joven nos llegan cuatro obras bien diferentes: por un lado, la novela de intriga de Urs Richle, *El chófer que no era*, y la surrealista de Gian Mathias Cavelti, *Quífezit o un viaje en la caja de un violín*, ambas éxitos de ventas en su día, editadas por Andrés Bello, la del ya reconocido Markus Werner, *Tierra firme*, y la primera y única novela de la última revelación de las letras suizas, *La habitación del polen* de Zoë Jenny, todo un fenómeno literario que los hábiles editores de Galaxia-Gutenberg han sabido recoger a tiempo. Entre toda esta prosa resulta especialmente bienvenida la edición de uno de los poemarios más significativos de Kurt Marti, *Oraciones funebres*, en una cuidada edición bilingüe, hecho que no deja de sorprendernos por ser precisamente ésta la primera obra que de Marti, cuya producción es sin duda bastante extensa, se traduce a nuestra lengua. Y por último, como broche de oro, e incluido dentro de este grupo de escritores suizos, no por serlo realmente, sino por el hecho de haber nacido en Basilea y haber escrito una buena parte de sus textos en dialecto alemánico, elevándolo con ello a la categoría de lengua literaria, cabe reseñar la traducción del *Cofrecillo de joyas* de Johann Peter Hebel, un compendio de incalculable valor para el lector de cualquier época.

¡Ojalá esta primera inmersión en el desconocido mundo de las letras del país alpino dé los frutos esperados y anime a editores y lectores a continuar con la interesante labor de descubrir unas obras inmerecidamente relegadas al olvido!

WALSER, Robert: *La rosa*. Siruela: Madrid 1998. Traducción de Juan José del Solar. 92 pp.

WALSER, Robert: *Los cuadernos de Fritz Kocher*. Pre-Textos: Valencia 1998. Traducción de Violeta Pérez y Eduardo Gil Bera. 153 pp.

La edición de estas dos obras de Walser viene a culminar una labor ya iniciada con *El paseo* y *Jakob von Gunten*, esta última seguramente su novela más famosa, presentándonos unos textos que conjuntamente con los ya editados ayudarán al lector español a descubrir la magnificencia de un autor tan desconocido en el panorama internacional como lo es Robert Walser. Difícil de entender resulta esta realidad, pues, aunque de pocos es sabido, Walser fue el escritor que seguramente influyó con mayor fuerza, tanto en el ámbito de las ideas y de los símbolos como de la forma, en la producción literaria de uno de los escritores que de mayor fama internacional gozan: Franz Kafka. El gusto de Kafka, cuya biografía presenta incluso algunos puntos en común con la del propio Walser, por detenerse en un pequeño detalle cualquiera, observarlo con el mayor detenimiento y componer, a partir de él, una descripción e incluso toda una historia, lo aprendió leyendo a Walser, uno de sus autores favoritos.

La rosa, volumen publicado en 1925, al igual que *Los cuadernos de Fritz Kocher*, es justamente eso: una colección de textos breves, de los que tanto gustaba el autor,

escritos con anterioridad a la crisis psíquica que sufrió en 1929, en los que con un lenguaje y un tono refrescante y original, juguetón e infantil y, por tanto, ciertamente inusual, describe sus sensaciones ante sus acontecimientos cotidianos, incluso insignificantes, del acontecer diario, de nuestra trayectoria humana, del mundo que conocemos, pero que, contemplado desde la perspectiva de este autor, parece mucho más humano, mucho más sencillo. Walser es un maestro de la forma pequeña, por no decir diminuta: la inclinación natural del suizo a usar el diminutivo alcanza en él sus cotas más altas. Autor capaz de convertir a un elefante en un mosquito, como dijo de él Jürg Amman, uno de sus biógrafos, nos da en cada uno de estos minitextos una lección de gramática, de dominio de la expresión lingüística hasta el punto de que en sus composiciones todo tiene el mismo valor: las oraciones principales se convierten en subordinadas y viceversa.

Los textos que se recogen en *La rosa* son reflexiones sobre un momento cualquiera, un ciudadano cualquiera, sobre una visión aparentemente insignificante, sobre sus experiencias, sobre el arte y la propia literatura, sobre el quehacer literario y sobre sus lecturas... (*El idiota* de Dostoievski, *La Nora* de Ibsen o el *rösti*, El relato de Keller, Sacher-Masoch, por mencionar tan sólo alguno de los títulos que recoge el volumen). Son historias que, si aparentemente no tienen hilo argumental alguno por ser precisamente eso, «minihistorias», descubren tras su lectura el mundo personal y más íntimo de un autor consciente de sus limitaciones: «He sido muy poco leído tanto en mi país como en el extranjero, pero hay gente que me aprecia justamente por eso.»

Las reflexiones recogidas en *Los cuadernos de Fritz Kocher* cuya traducción, tan delicada como toda la obra de Walser en sí, desgraciadamente no pudiera concluir Violeta Pérez (como dice Miguel Ángel Vega en su epílogo, citando la célebre frase, «aquél a quien los dioses aman, muere en la juventud»), presentan como única divergencia con *La rosa* el hecho de estar unidas por la figura de un único protagonista, pero tras ellas se esconde igualmente una pequeña muestra de las debilidades y los vicios de los hombres. Añadidos a los *Cuadernos* se recogen en el volumen también tres de los fragmentos más importantes de Walser: *El oficinista*, *Un pintor* y *El bosque*. Y bien digo importantes, porque en estos escritos de juventud se reflejan ya muchos temas de los que posteriormente se convertirán para Walser en obsesiones, desde la incapacidad del lenguaje como medio de expresión hasta los enigmáticos poderes de la percepción sensorial.

En definitiva, todo puede ser motivo de una historia breve, una forma de concebir el arte de la literatura que ha venido abriendo, ya desde que Hebel iniciara a principios del siglo XIX la publicación de su *Erzählungen des Rheinländischen Hausfreundes*, un camino de infinitas posibilidades en las letras suizas del siglo XX. Perfectos desconocidos en nuestro país, los escritores suizos de lengua alemana han sabido experimentar, siguiendo los modelos de Walser, a quien en todo momento consideran como uno de sus maestros, una «técnica de la reducción» que convierte a sus textos en pinceladas, en retazos cada vez más breves de una realidad por el contrario cada vez más compleja, unos textos que no por breves pierden en intensidad y fuerza narrativas, y en los que el autor apela a la sensibilidad y al gusto del lector por estas formas breves, a veces indirecta, a veces muy directamente: «Quien tenga ganas que intente comprender algo de esta historia.»

Walser, que pertenece a esa generación de escritores que, con su estilo sencillo y natural y su concepción minimalista del texto literario, han revolucionado la literatura

contemporánea, ofrece al lector a través de este conjunto de miniaturas algo nuevo: el que no haya leído nunca a Walser descubrirá el gusto por las cosas sencillas, por los detalles más insignificantes de nuestra cotidianidad, y seguramente entenderá mucho mejor a Kafka. Ojalá encuentre en España la acogida y el público que por desgracia hasta hoy no han encontrado los escritores suizos.

GLAUSER, Friedrich: *El té de las tres viejas*. Amaranto: Madrid 1998. Traducción de Stefan Schläfli. 262 pp.

El «Simenon suizo» (así se le conoce por lo general) ha desembarcado por fin en España, después de más de sesenta años de olvido y desconocimiento, de la mano del empeño y la decisión, tal vez más idealista que práctica, de una pequeña editorial que se asoma al panorama del libro español con unas tiradas más bien escasas, pero suficientes. A la editorial Amaranto debemos la primera traducción al castellano de la primera de las novelas de Friedrich Glauser, el iniciador de un género de novela policíaca, de características más psicológicas que de intriga, que ha venido dando numerosos frutos en las letras de la Confederación a lo largo de todo el siglo XX. Glauser, al igual que los personajes de sus obras, vivió en conflicto con la ley, pues su adicción a las drogas le llevó a ser internado en diversas ocasiones, tanto en clínicas como en sanatorios psiquiátricos, llegando en una de sus huidas incluso hasta la legión extranjera. De este modo los personajes y los ambientes que se recogen en sus textos no son más que el resultado de sus propias experiencias y de una vida azarosa de principio a fin que él mismo describe con estas palabras: «Nacido en 1896 en Viena. Madre austriaca y padre suizo. El abuelo paterno buscador de oro en California, el materno consejero de Estado (buena combinación, ¿verdad?). Escuela primaria y tres años de bachillerato en Viena. Después, tres años en el Collège de Ginebra. De allí me expulsan poco antes de finalizar el bachillerato por haber escrito un artículo literario sobre un libro de poesías de uno de mis profesores. Bachillerato en Zúrich. Un semestre de química. Después el Dadaísmo. Mi padre quiso internarme y ponerme bajo tutela. Fuga a Ginebra. El resto lo podéis leer en *Morfina*. Internado un año en la clínica psiquiátrica de Münsingen. Fuga. Un año en Ascona. Detenido por llevar morfina. Repatriación. Tres meses en la clínica psiquiátrica de Burghölzli. De 1921 a 1923 en la legión extranjera. Luego París, lavaplatos. Bélgica, minas de carbón...».

El té de las tres viejas, escrita entre 1931 y 1934, pero publicada en 1941, esto es, tres años después de su muerte, es un juego divertido e irónico con los clichés de la novela policíaca trivial. A pesar de ello, Glauser no se convierte jamás en un cínico, pues su capacidad de sentir compasión por los personajes que crea le previene de ello. Y es que sus personajes son siempre de carne y hueso, no policías tan inteligentes que solucionan el caso a vuelta de hoja ni malvados criminales. Además, la comprensión del autor no se manifiesta nunca a favor de una de las dos partes, sino de ambas. Su interés fundamental radica, sobre todo, más que en la creación de estos tipos cotidianos, en la recreación de los ambientes sórdidos, del lado oscuro de la personalidad humana que puede salir a la luz cuando uno menos lo espera.

Con la cosmopolita ciudad de Ginebra, la Ginebra de la Sociedad de Naciones, como telón de fondo, Glauser desarrolla un misterioso entramado de asesinatos en torno a los cuales giran personajes tan curiosos como agentes rusos, diplomáticos británicos,

delegados de un Estado hindú, príncipes destituidos, mayordomos, médicos, abogados y periodistas, además de unas viejas damas que beben té...

Entre hospitales y casas de extraña decoración se habla de pozos petrolíferos y de drogas, de plantas venenosas, de prácticas desconocidas, todo con una única finalidad: conseguir el poder. Este objetivo tan perseguido en nuestra sociedad occidental no repara en medios ni en recursos, tampoco en asesinatos, y con la ágil fusión de todos ellos se conforma el argumento, complejo pero real, de la novela que precede a toda una serie de novelas de trama policíaca protagonizadas por el mismo comisario Studer, y que afortunadamente dentro de poco podremos leer también en castellano, pues la editorial proyecta traducir la serie completa de las novelas policíacas de Glauser.

RICHLE, Urs: *El chófer que no era*. Andrés Bello: Barcelona 1997. Traducción de Teresa Bulnes. 191 pp.

Si la obra de Glauser derrama intriga y suspense de principio a fin, no menos emoción vamos a encontrar en la novela de este jovencísimo escritor, nacido en 1965 y que publicó su primera novela, *Das Loch in der Decke der Stube*, en 1992. A ésta le siguieron *Die Verwesung* (1992) y *Mall Oder das Verschwinden der Berge* (1993). *El chófer que no era* (1996) es, pues, su cuarta novela y la primera que de él se vierte al castellano. Si bien no está concebida al estilo de la novela policíaca tradicional, la presente novela sí que contiene elementos propios de una verdadera pieza del género: una cuenta corriente en un banco suizo es el eje de esta vertiginosa historia en torno a dos supuestos cadáveres en el fondo de un río, personas que desaparecen, muertos que reviven, asesinados que jamás existieron y personas que desempeñan trabajos que no existen. El juego de dos amigos que inventan una personalidad ficticia se desborda cuando este personaje que no existe gana una enorme cantidad de dinero a la lotería. A partir de ahí nada es lo que es, ni siquiera lo que parece. En realidad, ni siquiera el propio lector es consciente del entramado, tan bien construida está la novela, hasta prácticamente el final, y cree estar leyendo lo que sucede en realidad, cuando lo que se relata como trama de la acción novelesca ni siquiera llega a tener lugar.

Con esta novela, Richle se convierte una vez más en expositor del actual panorama de las letras suizas, en el que por fin se ha dejado a un lado la preocupación por el devenir del propio país para abrir la temática literaria a la imaginación sin límites de esta nueva generación de escritores, un fenómeno que se veía venir poco a poco, pero que ha estallado de forma inesperada inundando un mercado literario que ciertamente adolecía de una característica importantísima para la creación literaria: la fantasía. Lástima que la traducción castellana se lea con algo de dificultad por los numerosos americanismos de que está prácticamente inundada.

CAVELTY, Gion Mathias: *Quifezet o un viaje en la caja de un violín*. Andrés Bello: Barcelona 1998. Traducción de Teresa Bulnes. 132 pp.

Fantasía, que no otra cosa, es lo que se desprende a raudales de esta obra delirante de Gion Mathias Caverty, otra de las jóvenes promesas de esta nueva generación. El ritmo de publicación de este escritor es tan vertiginoso como el de la propia estructura

de sus novelas, sobre todo en esta primera, la cual parece más bien el resultado de un sueño, de una alucinación, o la suma de las fantasías que el autor durante muchos años ha ido guardando y puesto luego de repente por escrito. La lectura de *Quifezet* (¿quién-hacequé?) presupone por parte del lector el mismo derroche de imaginación que el autor nos ofrece, pues con la primera página da comienzo un viaje tan veloz como el de la misma Alicia en su visita al país de las maravillas, obra con la que el viaje en la caja del violín presenta, tal vez sin quererlo, numerosas semejanzas. El viaje (en el que, por cierto, está prohibido hacer preguntas tontas) comienza en el edificio habitado por el protagonista y unos extraños inquilinos, un cura, un profesor de física, una pianista y entre los que se cuenta también un caniche que habla, y finaliza en una isla donde, cual Robinsón, el protagonista consigue hacer que triunfe el amor y pueda volver a buscar el libro perfecto, el más deseado, el que a él mismo le hubiera gustado escribir, un sueño, por otro lado, anhelado y nunca manifestado por la mayoría de los que a este oficio se dedican.

Poco tiene que ver la obra de Cavely con el resto de las producciones en prosa que vienen viendo la luz en la Confederación durante estos últimos años, pero su rotundo éxito se debe seguramente al hecho de haber encontrado la clave de la que estaba necesitado el lector suizo, alejándose de la realidad y de la vida cotidiana, temática excesivamente recurrente, y bebiendo de las fuentes de autores tan queridos como Lewis Carroll o Jonathan Swift.

La continuación de este delirio y derroche de fantasía ha visto ya la luz en la segunda novela de Cavely, *ad absurdum oder Eine Reise ins Buchlabyrinth*, publicada en 1997, en la que, como se deduce del título, el lector acompaña al cachorro Dante a lo largo de un absurdo viaje tras las huellas de un libro que no es otro que el que al propio autor le gustaría escribir: el propio quehacer literario sirve como base para desarrollar una trama argumental que poco tiene que ver con la realidad.

WERNER, Markus: *Tierra firme*. Tusquets: Barcelona 1999. Traducción de Juan José del Solar. 163 pp.

JENNY, Zoë: *La habitación del polen*. Galaxia-Gutenberg: Barcelona 1999. Traducción de Joan Parra. 150 pp.

Realismo es lo que rezuman ciertamente tanto la primera de las novelas de Markus Werner traducida al español como la primera novela de Zoë Jenny, una jovencísima escritora que con *La habitación del polen* se ha mantenido durante meses en el número uno de las listas de libros más vendidos en Suiza. La novela de Jenny, prácticamente autobiográfica, centra su trama en las reflexiones y pensamientos de una adolescente, cuyos padres se han separado. La protagonista vive con su padre, un idealista que se dedica a encuadernar libros que no van a parar a ningún sitio, aunque no por ello deja de tener una relación muy estrecha, quizá atosigante, con su madre, quien los abandonó incapaz de hacer frente a su temprana maternidad, una situación muy frecuente que la protagonista aprovecha en todo momento para intentar representar una y otra vez un papel decisivo en el proceso de reconciliación de sus padres. La novela, narrada en primera persona, en la que la autora pretende sin lugar a dudas un ajuste de cuentas con la generación de sus progenitores, es algo que viene siendo bastante frecuente entre los jóvenes escritores hijos de aquella revolucionaria generación del 68. El fracaso de los

ideales de éstos ha revertido en la educación y el trato con los hijos que ahora, en la mayoría de edad, pretenden hacerles ver que sus ideales son otros muy diferentes a los suyos y sus necesidades muy diferentes a las que ellos creen que tienen. Es la misma situación que recrea Markus Werner, quien da voz a una narradora femenina inmersa en un entorno familiar similar al de la protagonista de *La habitación del polen*, aunque en este caso su madre ha muerto, y no conoce prácticamente a su padre, pues ha crecido con sus abuelos. La incompreensión, la dificultad de unas relaciones familiares que nunca han existido y que con el paso de los años es imposible recuperar, pues no han existido jamás, se convierten, a través de dos planos narrativos diferentes (el presente y el pasado) en el centro de un entramado de reflexiones e intentos de justificación del pasado, en un reconocimiento, por tanto, de la propia culpabilidad. Parece ser éste uno de los temas más recurrentes en una sociedad que reconoce ya la inminente pérdida de los valores familiares. Novelas éstas, ciertamente, de claros tonos realistas, pero, en el caso de Jenny, bien distintos a los que estamos acostumbrados a ver en los últimos tiempos, pues si la trama verdaderamente no puede rezumar más realidad, lo cierto es que el lenguaje está impregnado de un lirismo que convierte a la prosa de Zoë Jenny en una de las de más calidad del momento.

MARTI, Kurt: *Oraciones fúnebres*. Hiperión: Madrid 1998. Traducción y prólogo de Hans Leopold Davi. Edición bilingüe. 138 pp.

Y lírica precisamente es lo que encierra esta colección de poemas de Kurt Marti, uno de los escritores suizos más conocidos, pues por su edad (nació en 1921) ha compartido la escena de las letras suizas con nombres tan significativos como Adolf Muschg o Peter Bichsel. Su obra, sin embargo, presenta grandes diferencias respecto de la mayoría de los escritores de su generación. Impensable sin los impulsos de la fe cristiana y llena de ideas utópicas, su obra se ha servido de todos los medios imaginables para enfrentarse de manera directa con la realidad política y social de Suiza: desde la poesía concreta de sus *republikanische gedichte* (1959) hasta los versos barrocos de *abendland* (1980), desde la prosa hasta la poesía, desde el alemán estándar al dialecto, todos le han servido para ejercer, con una literatura constantemente comprometida, una continua llamada de atención a sus lectores respecto de los acontecimientos de la vida cotidiana de la Confederación. La primera de sus obras traducida al castellano data de 1969, un hecho que no deja de resultar curioso, pero su elección para ello se deba tal vez al impacto que causó este volumen en el momento de su presentación al público germanohablante. Las «oraciones fúnebres» del texto no lo son en el sentido tradicional de la palabra: lo son en cuanto a la forma y al ritual, pero no en cuanto al contenido que es, en todo momento, ficticio. No son oraciones que reconforten al lector, sino todo lo contrario: le plantean cuestiones de difícil solución y le hacen dudar sobre los pilares mismos de la existencia humana. Un desafío, en definitiva, en el que el individuo, por tanto, debe contemplarse a sí mismo reflejado en estos breves textos sacados de la cotidianeidad.

Treinta años después, seguramente, estas «oraciones» de Marti no causan el mismo efecto que en el año de su publicación. De ahí que algunos críticos como Jaime Siles tachen la obra de Marti de «escritura menor» (*La Razón [El cultural 2, n.º 14]*, 07.02.1999) algo que en absoluto hace justicia a uno de los poetas europeos más comprometidos de esta segunda mitad de siglo.

HEBEL, Johann Peter: *Cofrecillo de joyas del amigo de la casa renano*. Alba: Barcelona 1998. Traducción de Antón Dieterich. Con ilustraciones de C. Stauber y C. H. Schmolze. 343 pp.

Cerramos el recorrido que anunciábamos al principio con la obra de este escritor nacido en Basilea en 1760, al que no se puede considerar como un escritor suizo, aunque seguramente fue uno de los que impulsaron, ya a comienzos del siglo XIX, el uso del dialecto alemánico como lengua literaria. A los catorce años abandonó su ciudad natal para estudiar en Karlsruhe y ya no regresaría jamás. Su obra literaria, por tanto, está escrita fuera del ámbito de su dialecto materno, pero eso no fue un impedimento para que sus *Allemanische Gedichte*, que aparecieron primero de forma anónima, vieran hasta 1820 cinco ediciones consecutivas e hicieran de él uno de los escritores de mayor prestigio del momento. La obra que aquí se presenta ahora en traducción castellana, sin embargo, no se encuentra en la línea de esta poesía popular, sino en otra bien distinta: en la del texto breve tan caro a los narradores suizos y del que precisamente, como hemos recordado al hablar de Walser, este autor diera los primeros testimonios. Desde 1803, Hebel publicó continuamente en periódicos y revistas breves historias que posteriormente reagrupó en un solo volumen con el instructivo título de *Cofrecillo de joyas de la casa del amigo renano*. La intención que subyacía a la agrupación de los textos en forma de libro no era otra que la de servir de provecho moral y estético al pueblo, una función que no han dejado de tener incluso hoy en día. Como buena prueba de esta intención didáctica principal, el volumen recoge textos de los contenidos más heterogéneos imaginables: «La tierra y el sol», «Sobre las procesionarias», «Avaricia y derroche», «El juez prudente», «Las arañas», «Los planetas», «La traición castiga a su propio amo», «Un hombre simple en Milán», y muchos más hasta conformar todo un compendio de temas (geografía, astrología, matemática, física, biología...) y de géneros literarios menores (anécdota, caso, chiste, historieta, enigma...). Joyas, pues, de la cultura de todos los tiempos, que en absoluto han perdido su validez ni la finalidad con la que fueron escritas, y cuya lectura hoy en día, aun después de más de ciento cincuenta años, sigue siendo un verdadero placer.

Es muy de agradecer que por fin el público español pueda conocer la obra de uno de los escritores más significativos de las letras alemanas y, sobre todo, el que gracias a la traducción de las historias del *Cofrecillo* se tenga acceso a un género literario muy practicado y de gran repercusión en las letras alemanas, pero prácticamente desconocido en nuestro país hasta hace bien poco: la historia de almanaque.

Isabel Hernández